

Tim. Pero, sobrina...
Mart. Con que ¿tampoco hay indulto
Para mi?

Marc. Perdona usted.
No es vanidad, no; lo juro,
La causa de este desvío
Con que á tres novios renuncio;
Pero amo mi libertad
Y en ella mi dicha fundo.
No aborrezco yo á los hombres
Aunque severa los juzgo.
Confieso que para amigos
Son excelentes algunos;
Para amantes, casi todos;
Para esposos... ¡abrenuncio!
Mi sexo me inclina á ellos;
Mi razon toma otro rumbo.
No se al fin quién vencerá,
Porque yo no soy de estuco.
Entre tanto ni desprecio
A los hombres, ni los busco.
Buenas palabras á todos;
Mi corazon..., á ninguno.

Mart. Esa franqueza me encanta;
Y sería un necio, un bruto
Si, ya que aspirar no puedo,
Aunque de amor me consumo,
A una mano tan preciosa,
No cifrase yo mi orgullo
En elogiar á Marcela
Y en llamarme esclavo suyo.

Jul. Con que ¿no se casa usted?

Tim. ¿He de bajar yo al sepulcro
Sin el consuelo, el alivio,
El gusto, el placer...?

Marc. Presumo
Que así será.

Tim. Mas ¿por qué,
Por qué, mujer? Yo me aburro.

Marc. Boda quiere la soltera

Por gozar de libertad,
Y mayor cautividad
Con un marido le espera.
En todo estado y esfera
La mujer es desgraciada;
Solo es menos desdichada
Cuando es viuda independiente,
Sin marido ni pariente
A quien viva sojuzgada.

Quiero pues mi juventud
Libre y tranquila gozar;
Pues me quiso el cielo dar
Plata, alegría y salud.
Si pelagra mi virtud
Venceré mi antipatía,
Mas mientras llega ese día
¿Yo marido? Ni pintado,
Porque el gato escarmentado
Huye hasta del agua fría.

Los humanos corazones
Ya á mi costa conocí.
Pocos me querrán por mí;
Cualquiera por mis doblones.

Celibatos camastrones,
Buscad muchachas solteras,
Que muchas hay casaderas.
Dejadme á mí con mi luto.
Paguen ellas su tributo:
Yo ya lo pagué; y de veras.

No perturbeis mi reposo.
Hombres, yo os amo en extremo;
Pero, á la verdad, os temo
Como la oveja al raposo.

Este es necio; aquel zeloso;
Avaro y altivo el uno;
Otro infiel; otro importuno;
Otro...

Mart. ¿Está usted dada al diablo?

Marc. No hay que ofenderse. Yo hablo
Con todos y con ninguno.

ELENA,

DRAMA EN CINCO ACTOS,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DÍA 23 DE OCTUBRE
DE 1834 (1).

PERSONAS.

ELENA.	TORMENTA.
VICTORINA.	PANCHO.
BLASA.	PASCUAL.
DOÑA CASILDA.	UN PINTOR.
DON GERARDO.	UN MÚSICO.
EL MARQUÉS.	DON TADEO.
GINÉS.	UN CARRETERO.
EL CONDE.	LADRONES.
REJON.	CRIADOS.

El primer acto pasa en Utrera; segundo y tercero en Sevilla; cuarto en un despoblado, y quinto en una cabaña á las inmediaciones de Ecija.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de don Gerardo.

Me avergüenza; ya me canso
De gemir, de suplicar...
Mi esposa ha de ser Elena:
Lo he jurado: lo será.
¡Ay desdichada mujer
Si es ingrata á mi bondad!

ESCENA PRIMERA.

DON GERARDO.

Ya no hay freno á mi pasión;
Ya tanta debilidad

ESCENA II.

DON GERARDO, GINÉS.

Ginés. Señor...

Ger. ¿Qué hace mi sobrina?

(1) Con este drama hizo el autor su primer ensayo en un género harto distinto del que habitualmente ha cultivado. Sus amigos le instaban á dar alguna muestra de su poca ó mucha capacidad para crear situaciones de grande interés y pintar afectos y caracteres de aquellos que no caben en la comedia propiamente así llamada. El moderno *romanticismo* estaba en su mayor auge, y era difícil que temprano ó tarde dejase de llevar también alguna ofrenda á las aras del ídolo nuevo. Procuró sin embargo no convertir su culto, quizá no muy voluntario, en fanática superstición. Como desempeñó esta tarea, objeto entonces de agrias censuras por una parte y excesivos elogios por otra, juzguelo el lector. Solo dirá, y cree que esta colección lo va demostrando, que no ha sido su musa tan uniforme y sistemática como lo han pretendido los que le han juzgado sin suficiente conocimiento de causa. Bien es verdad que no es esto muy de extrañar habiendo trascurrido mas de un cuarto de siglo desde que apareció su primera obra dramática, y en tiempos los mas azarosos y turbulentos que

Ginés. Desayunándose está.

Ger. Bien. No tardará en venir
Con su labor. — El fatal
Momento se acerca. Tiemblo.

Ginés. ¡Bobada! ¿Por qué temblais?

Ger. Ginés, solo en ti confío.

Ginés. ¡Oh! bien podeis confiar.

Ger. El celo con que me sirves
No olvidaré yo jamás.

Cuando todos me vendian
Tú solo fuiste leal;
Tú solo en mi larga ausencia.

No te gozaste en labrar

Mi deshonra, mi desdicha

Ginés. ¡ Señor, señor, por piedad.

No me abochorneis! Cumplí

Con mi deber. Nada mas.

Ger. No bien descubrir lograste

Aquella intriga infernal,

La denunciaste á tu amo,

Que en la modestia falaz

De una mujer se fiaba.

Ginés. ¡ Ah, señor! La caridad

Con que la humana flaqueza

Debe un cristiano mirar,

La indulgencia y el sigilo

Me prescribían quizá.

Por otra parte, el amor

Que me debéis, mi lealtad,

Mi gratitud... ¡Fué preciso

A esa infeliz acusar!

Pero bien sabeis, señor,

Que no hubo mordacidad

En mi carta. ¡Dios me libre!

Referi de pe á pa

Lo sucedido; eso sí,

Pero sin acriminar

Al prójimo, que soy hombre

Yo tambien, y como tal

Puedo caer algun dia

En las garras de Satan.

Tranquila está mi conciencia,

Y solo tengo un pesar,

Que es haber sabido tarde,

Y cuando no habia ya

Remedio, la mala accion

De vuestro indigno rival.

Dirán que pérfido fui

Con la cuitada. Es verdad.

Luego que partió de Utrera

El seductor capitán

A una urgente comision

Del servicio militar,

Logré hacerme confidente

De su víctima; y fué tal

Su candor, su buena fe,

Que tendria gran pesar

De haberla engañado luego,

Si para evitar un mal

No hubiera sido forzoso

Otro mas leve aceptar.

Temí vuestros justos zelos;

Temí que agudo puñal

La sangre de esa infeliz

Derramase; y, lo que es mas,

La vuestra. En tal situacion,

¿Qué mucho, pues, si sagaz

Interceptando las cartas

De la dama y del galán,

Fingiéndolas, y atizando

De la discordia infernal

La tea, allané el camino

De vuestra felicidad? —

Los medios son reprehensibles;

Mal lo pudiera negar;

Pero es muy cristiano el fin;

Pues se encamina á la paz,

Y á la dicha de mi amo,

De aquel que me da su pan;

De aquel... ¡Sea todo por Dios!

Lo mejor es olvidar

Lo pasado; y yo confío,

Puesto que tanto la amais,

Que vuestra hermosa sobrina

Al fin la mano os dará,

Y un matrimonio dichoso

Pondrá fin á tanto afán.

Ger. Tan lisonjera esperanza

No me atrevo yo á abrigar

En mi pecho todavía.

Tú sabes la frialdad

Con que siempre me ha escuchado

Cuando he querido insinuar

Mi designio de casarme

Con ella. Ya es un volcan

Dentro de mi alma el amor

Que me inspira su beldad,

Y retardar no me es dado,

O bien el golpe mortal

De un desengaño, ó la dicha

De llamarla ante el altar

Esposa mia. Esta carta

De su irritado galán

Tal vez en odio implacable

acaso ha conocido la humanidad. En el teatro del mundo positivo se han sucedido tantos y tantos dramas, ora terribles, ora ridículos, y tan abundantes en perpeccias, no todas verosímiles, aunque demasiado ciertas, que el de hoy solia hacer olvidar el de ayer. Y si esto sucedia con realidades de tal trascendencia, no es mucho que dejasen poca ó ninguna huella en la memoria de algunos las fugaces invenciones de un poeta, y que la crítica, de ordinario superficial y apasionada, no haya seguido y observado á cada autor en todas las fases y vicisitudes de su vida literaria.

Tanto amor convertirá.
Parece que la he dictado
Yo mismo. Se la darás,
Y con destreza...

Ginés. Os comprendo.

(Tomando y guardando el papel.)

Obraré segun el plan
Convenido. Sin embargo,
Bueno fuera retardar
Algun tiempo...

Ger. No, Ginés.

Basta de suplicio ya.

Ginés. Quiera el cielo...

Ger. Si consigues

Inclinar su voluntad
Hácia mí, seré tu esclavo,
No tu señor. Mi caudal,
Mi vida...

Ginés. ¡Silencio!

Ger. ¿Viene?

Ginés. Sí, señor.

Ger. Voy á escuchar

Desde su cuarto. A su tiempo

Saldré...

Ginés. Sí. ¡Pronto! Aquí está.

ESCENA III.

ELENA, GINÉS.

Ginés. ¡Pobre señorita! ¡Siempre,
Siempre llorando!

Elena. El encono

De mi estrella, buen Ginés,

Así lo quiere. Yo lloro,

Y entre tanto el hombre injusto

Ocasion de mi sollozos

Tal vez á otra desgraciada

Jura eterno amor. ¡Mis ojos

Ya no volverán á verle!

La que en tiempo mas dichoso

Era su idolo, quizá

Ya no le merece un solo

Recuerdo.

Ginés. En verdad, señora,

Militar, jóven, buen mozo,

Y en siglo tan corrompido,

No me causaria asombro

Su perfidia. Sin embargo,

Mientras no haya un testimonio

Que lo pruebe...

Elena. ¿Qué mas prueba

Que pasar un mes y otro

Sin escribirme? Al principio

Con mas compasion que enojo

Su silencio atribuia

A alguna dolencia. ¡Ay! ¡Cómo,
Cómo nos ciega el amor!
Pero tú sabes cuán poco
Duró mi error. Tú, que has sido
Mi consolador, mi apoyo,
Desde el dia que supiste
Mi secreto...

Ginés. Soy piadoso,

Señorita. Fui cristiano

Antes de ser mayordomo.

Elena. Tú escribistes á Badajoz

Donde se halla desde agosto

Su regimiento, y supiste...

Ginés. Que está muy sano y muy gordo

Don Gabriel; pero tal vez

Algun impensado estorbo...

No hay que perder la esperanza.

Acaso anhelando el logro

De sus deseos... Sabeis

Que antes de partir, ansioso

De unirse á vos pars siempre

En halagüeño consorcio,

Solicitó la debida

Real licencia, y si el negocio

No está corriente, sin duda

Habrà de estarlo muy pronto.

El dia menos pensado

Recibiremos...

Elena. Tu rostro

Me anuncia algun bien. ¡Ah! Dime...

Ginés. Si me prometeis que el gozo

No ha de enagenaros, hoy...

Tal vez ahora mismo...

Elena. ¿Qué oigo!

Habla. ¿Qué quieres decirme?

¿Hay carta?

Ginés. Chit...! ¡Qué alboroto!

Si. Tómela usted.

(Da á Elena la que recibió de don Gerardo.)

Elena. ¡Gabriel!

¡Dueño de mi vida! ¡Oh colmo

De placer!

Ginés. ¡Callad! No en vano

Temí... ¡Por vida del moro!

Pedir juicio á los amantes

Es pedir peras al olmo.

Moderaos. Si nos oyen...

Elena. No temas. ¿Ves cuál sofoco

(Ha abierto la carta.)

En mi pecho el regocijo?

¡Oh nombre, nombre que adoro,

Aquí estás! ¡Con qué delicia

Te besa el labio amoroso

De tu Elena!

Ginés. (Ya ha llegado

El fatal momento.)

Elena. ¡Cómo...!

(Interrumpiendo su lectura.)

¡ Justo Dios !... ¿Será posible... ?
¿Daré crédito á mis ojos?—
¡ Ah ! Yo muero.

(*Dejándose caer sobre una silla.*)

Ginés. ¡ Señorita !

Elena. No, no te pido socorro.
Dame un puñal que me mate,
Pues golpe tan horroroso
Puedo resistir. ¡ Ginés !

Ginés. ¿Qué nueva funesta...?

Elena. ¡ Monstruo !
Lee esa carta. ¡ Ah ! ¿Qué tarde
Su perfidia reconozco !

Ginés. (*Lee.*) «Te creí digna de ser
» amada, y mi corazón fué tuyo. Un des-
» engaño feliz ha roto la venda que me ce-
» gaba. No te acuso: eres mujer. Ni te re-
» cuerdo tus promesas, ni estoy obligado á
» cumplir las mías. Fuiste débil: yo seré
» prudente. Suspiras por tu libertad: yo
» recobro la mía. Supongo que no me escri-
» birás: sería inútil. No te inquiete la suerte
» de tu inocente hijo. Sé mis deberes, y no
» renunciaré á mis derechos. Adios. Olvida
» para siempre al desengañado y resuelto

GABRIEL DE ZAVALA.»

¡ Jesus, Jesus, qué maldad !
¡ Qué perfidia ! Estoy absorto.

Elena. ¡ Oh rubor ! ¡ Oh desventura !
¡ Tal es el premio que logro
Del mas entrañable amor !
¿Qué se hicieron, alevoso,
Aquellos tiernos suspiros ?
¿Qué fué del mentido lloro,
Qué de la infame elocuencia,
Qué de los ardientes votos
Con que insidiaste y rendiste
Mi virtud ?

Ginés. Hay muchos lobos
Con piel de oveja. ¡ Ay, señora,
Cuántos vínculos ha roto
La ausencia ! Ya en este siglo
Pasan por juguete el dolo,
La injusticia... No hay virtud,
Ni constancia, ni decoro
En los hombres. ¡ Vive Dios,
Que hablo como un San Ambrosio !

Elena. No; quizá tiene mi amante
Motivos muy poderosos,
Que no puedo comprender,
Para violar sin rebozo
Sus juramentos. Acaso
La calumnia...

Ginés. Sí; su soplo
Envenenado tal vez

Convierte el amor en odio.
Mas ¿qué amante verdadero,
Solo porque algun chismoso
Le indispone con su dama,
La condena de ese modo,
Sin comprobar su delito;
Sin oírlo? — No soy docto,
Mas por la lectura sola
De esta carta, bien conozco
Que es don Gabriel un perjuro.
Se muestra en ella quejoso;
Pero ¿de qué? Solo dice:
«Quitó la venda á mis ojos
» Un desengaño feliz...»

¿Qué desengaño, ó qué embrollo
Es este? ¡ Nada ! Pretextos;
Subterfugios de tramoso.
Quizá tenía vergüenza
De escribir: «Yo te abandono
» Porque me canso de tí
» Y á otra belleza enamoro.»

Elena. Ten piedad de mi dolor.
No me quites oficioso
El consuelo de la duda,
De la esperanza. ¡ Este solo
Me restaba !

Ginés. No quisiera
Afligir ni por asomo
A mi amada señorita;
Mas con vanos circunloquios
No disfrazo lo que siento.

Elena. ¡ Dios de venganza ! ¿Eres sordo
Al clamor de una infeliz?
Descienda desde tu trono
Un rayo exterminador.
Perezca el hombre alevoso
Que así me engañó. Sepulta
A su cómplice en el polvo
De la tumba. — ¡ Miserable !
¿Qué digo? ¡ Ah ! ¿Cómo te invoco
Sin temblar? Mi frente sola
Sea blanco lastimoso
De tu cólera divina,
Pues yo soy quien la provoqué:
Yo que abandoné la senda
De la virtud; yo que ahogo
Sus gritos; yo que del alma
Aun el retrato no horro
De un fementido; yo, en fin,
Que á mi familia deshonoré.

Ginés. (*Ahora viene de perillas
Un movimiento oratorio.*)
¡ Deshonrar ! ¿Por qué, señora ?
Don Gerardo es generoso,
Es hombre de mundo, y sabe
Que está expuesta á mil escollos
La virtud de una mujer,
Como nave sin piloto.—

Por algunas expresiones
Que de cuando en cuando le oigo
Presumo que mi señor
Ya se ha informado de todo.—
Sí, señora. Sin embargo,
Cada dia está mas loco
Por Elena, y si lograra
La dicha de ser su esposo...

Elena. ¡ Desdichada ! ¿ Adónde iré?
(*Sin oír á Ginés.*)

¿ En qué desierto remoto
Iré á esconder mi miseria?
¿ Quién enjugará piadoso
Mis lágrimas doloridas?
¿ Quién...?

Ginés. ¡ Qué lástima de potro !
Ese hombre ¿es cristiano? ¡ Ah vil !—
¿ Y qué hareis? Ello, es forzoso
Tomar un partido. Acaso
La justicia... Mas el foro
Procede con tanta flemá...
Y luego, si él es temoso
Y se cierra en no casarse...

Elena. No, Ginés. Harto sonrojo
Cubre ya mi frente. ¿ Quieres
Que, haciendo al mundo notorio
Mi infortunio, me aventure
A un fallo que mi desdoro
Tal vez aumente? ¿ Y qué gloria,
Qué ventura me propongo
Si por fuerza es mi marido?
Su corazón ambicioso
Mas que su mano, Ginés.
¿ Y qué tribunal, qué solio
Me lo volviera? Perdí
Para siempre mi reposo,
Mi alegría, mi esperanza.

Ginés. ¡ No ! ¿Cuál fuera el alborozo
Del perverso don Gabriel
Si viera ese amargo lloro!
¿ No hay mas hombres en el mundo?
¿ Son como él acaso todos?
Olvidadle, señorita.
Mas digno, mas amoroso
Consorte os depara el cielo;
Y no es al fin ningun mono,
Ningun...

Elena. ¡ Jamás ! Condenada
A la aflicción y al oprobio,
¿ Qué mortal osara...?

ESCENA IV.

DON GERARDO, ELENA, GINÉS.

Ger. Yo.
(*Saliendo precipitadamente.*)

Elena. ¡ Mi tío !
Ger. Yo, que te adoro;
Yo, que postrado á tus piés
Te juro...
Elena. ¡ Señor !...
Ginés. (*Yo estorbo.*)

ESCENA V.

DON GERARDO, ELENA.

Elena. Levantad.
Ger. Pronuncia un sí.
Hazme venturoso, Elena.
No me apartaré de tí
Hasta que tu boca...
Elena. ¡ Oh pena !
Ger. Compadecete de mí.
Elena. ¡ Oh cielos ! ¿ En qué ocasión !...
Por piedad... Yo no merezco...
Ni puede mi corazón...
Ger. Si no eres mía, fallezco;
¡ Tan profunda es mi pasión !
Elena. Perdonad, señor, hi huyendo
Evito...
Ger. No. ¿ Por qué huir?
(*Se levanta y la detiene.*)

Yo con mi amor no te ofendo.
Solo tu dicha pretendo.
Elena. ¡ Ah ! ¿ Cuánto tardo en morir !
Ger. ¿ Merecen tanto desvío
Mi bondad, mi tierno amor?
Elena. Yo no mando en mi albedrío.
Ger. ¿ Sufriera tanto rigor
Si yo mandara en el mío?
Elena. Si basta mi gratitud...
Ger. No, que merece tu mano
Mi tierna solicitud
Quizá mas que algun villano
Seductor de tu virtud.
Elena. ¡ Qué escucho !

Ger. Todo lo sé.
Elena. ¡ Desventurada de mí !
¡ Ah, señor ! Ya no podré
Alzar mis ojos...
Ger. ¿ Por qué?—
¡ Yo los alzo sobre tí !
A tí te causa rubor.
Haber amado á un traidor,
Ocasión de tu desdoro;
Y yo á su víctima adoro.
¿Cuál es flaqueza mayor?
Elena. ¡ Ah, que con frente serena
En el miserable estado
A que el cielo me condena,
Escuchar ya no me es dado

Acentos de amor!

Ger. ¡Elena!

Elena. Aunque el derecho he perdido
De hacer respetar mi llanto,
Postrada, señor, os pido
No hagais mayor mi quebranto.
Sepultadme en el olvido.

Ger. ¿Olvidarte yo? Jamás.

Aun bajo la losa fria
Dueño de mi alma serás.

Elena. Un alma como la mia
Ama una vez, y no mas.

Ger. ¿Y á quién, infeliz mujer,

Digno juzgas de tu amor?

A un perjuero, á un seductor

Que con bárbaro placer

Se mofa de tu dolor.

El te condena querido

Al desprecio, al abandono;

Yo infeliz y aborrecido,

Yo, que vengarme he podido,

Te idolatro... y te perdono.

Recuerda, recuerda, ingrata,

Cuánto debes á este tío

A quien tu desden maltrata,

Y lamenta el desvario

De tu pasion insensata.

Amparo de tu horfandad

Desde tu tierna niñez,

Te libértó mi bondad

De triste mendicidad,

Y de la infamia tal vez.

¿Qué padre mostró jamás

Mi ternura ardiente, inmesa?

¿Dónde un amante hallarás

Mas generoso? ¡Y me das

Tan amarga recompensa!

Acaso mi amor un dia

Ludibrio será del mundo;

Mas ¡ay! la razon tardia

Mal puede del alma mia

Dardo arrancar tan profundo.

No brilla en mi la florida

Primavera de la edad;

No en mi lengua fementida

Blanda lisonja se anida

Máscara de la maldad;

Amores no sé decir;

Sé amar con el alma entera,

Y si no logro rendir

Tu altivez injusta y fiera,

Amando sabré morir.

Elena. Cada palabra que hablais

Me traspasa el corazon.

Contemplad á quién amais,

Y no como yo cubrais

Vuestro nombre de baldon.

Poder amaros quisiera,

Pero mi destino adverso...

Ger. ¡El destino! Sé sincera.

Aun amas á aquel perverso.

Confiésamelo aunque muera.

Elena. Sí, le amo, le amo, señor,

Y eterno será mi amor.

Ger. ¡Le amas! ¡O despecho! ¡O men-
gua!

¿Y sin temer mi furor...?

Elena. No sabe mentir mi lengua.

Ger. Insúltame. Digno soy

De tu escarnio y tu desprecio,

Pues ciego y sin juicio estoy,

Y con mi paciencia ¡ay necio!

Armas contra mi te doy.

Si hubiera escuchado un dia

La voz de justa venganza

Lavando la afreta mia

En tu sangre, hoy no veria

Burlada así mi esperanza.

Elena. Clavad el hierro inhumano

En mi sangre aborrecida.

¿Quién detiene vuestra mano?

Sed mi cruel homicida...;

Mas no seais mi tirano.

Ger. Si pudiera aborrecerte.

¡Oh cuán venturoso fuera!

Elena. ¿Qué esperais? Dadme la muerte.

Yo bendeciré mi suerte,

Y la mano que me hiera.

Si no por odio, señor,

Por piedad de mi dolor,

Abridme la sepultura;

Que esta vida sin ventura

Aun me infunde mas horror.

Vengad con golpe sangriento

Tanto desden, tanto ultraje:

Cesará mi amor violento,

Cesará vuestro tormento,

Y el baldon de mi linaje.

Arranque una punta airada

A mi lacerado pecho

Aquella imágen amada

Que aun retiene á su despecho

Con fuego eterno grabada.

Menos su inconstancia lloro

Que vuestro amor. Dadme, dadme

La muerte que tanto imploro.

Ger. ¡Desdichada!

Elena. Si; le adoro...

Y os aborrezco. ¡Matadme!

Ger. ¡Oh mujer, mujer fatal

Nacida para mi mal!

Yo merezco oprobio tanto;

Yo, mas piadoso á tu llanto

Que mi funesto rival.

A tí misma te aborrezco

Aun mas que á tu bienhechor.

¡El seno al puñal ofreces!

No, no un puñal; tú mereces

Otro suplicio mayor.

No me fuerce tu demencia

A convertir en encono

Mi mal pagada clemencia.

¡Ay de tí si te abandono!

La deshonra, la indigencia...

Elena. ¡No mas! Yo sabré sufrir

Mi suerte...

Ger. ¿Adónde has de ir

Sin amparo en tu afliccion?

Elena. No ha de faltarme un rincon

Donde llorar... y morir.

Si sucumbo á la indigencia,

Si de Dios la providencia

Su proteccion no me da,

Al menos me libraré

De vuestra odiosa presencia.

(*Vase Elena; afligido don Gerardo se deja
caer sobre una silla.*)

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Victorina, suntuosamente alhajada.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, VICTORINA.

Vict. Siéntate; no estés de pié,

Que yo no soy altanera.

(Es linda la camarera;

Con ella me quedaré.)

Yo supongo que sabrás

Lo necesario á tu empleo:

Coser, peinar con aseo,

Leer, escribir y demás.

Elena. Ya que no mi suficiencia,

Mi deseo de dar gusto,

Mi agradecimiento...

Vict. Es justo.

Elena. ¡Dios mio, dadme paciencia!

Vict. Si no estás bien instruida,

Si no sirves para mí,

Tanto peor para tí,

Porque serás despedida. —

Ni nay tanta dificultad

En complacerme. Soy viva,

Impaciente, ejecutiva,

Pero tengo caridad,

No me gusta que á un sirviente

Se insulte, se mortifique...

Con que no me replique,

Conmigo está grandemente.

Pago el salario puntual;

En comer no pongo tasa;

Si alguno enferma en mi casa

No le envio al hospital;

Si me agrada una doncella,

Tal la suelo regalar

Que muchos pueden dudar

Si la señorita es ella.

El hondo cofre repleto

Digalo sinó por mí

De la que ayer despedi

Porque me faltó al respecto. —

¿Tu nombre?

Elena. Elena.

Vict. Muy bien.

Bello nombre y adecuado,

Que eres muy linda. ¡Cuidado

No haya aquí Troya tambien!

Elena. Señora, yo...

Vict. ¿Quién te abona?

Elena. ¡Ay triste! Nadie en el mundo.

Vict. ¡Qué suspiro tan profundo!

Con qué ¿no hay una persona...?

¿Dónde has servido hasta hoy?

Elena. En ninguna parte.

Vict. ¡Alabo!

¿Tienes familia?

Elena. No.

Vict. ¡Bravo!

Elena. Infeliz huérfana soy.

Vict. ¡Desventurada! ¿Cuál es

Tu patria?

Elena. Utrera.

Vict. ¡Gran villa!

¿Cuándo has venido á Sevilla?

Elena. Vine, señora, habré un mes.

Vict. Ese llanto... la finura

De tu rostro y tus modales

Son evidentes señales

De que alguna desventura...

Sé sincera, y te prometo

Mi amparo, mi proteccion.

Si alguna infausta pasion...

Elena. Moriré con mi secreto.

Vict. ¡Es posible!

Elena. No me admiro

Si sospechosa os parezco,

Señora...

Vict. Te compadezco,

Pero...

Elena. Basta. Me retiro.

Vict. Espera. ¿Ningun amparo,

Ningun asilo te resta?

Elena. ¡Ah! Nací en hora funesta.